

pertenece a los psiquiatras y a los médicos. No he de entrar en su comentario, porque no es asunto de pocas líneas y porque no tengo los conocimientos suficientes para ello.

Y, en resumen, a guisa de colofón, por encima de todas estas justificaciones, que no sé si tienen un valor de convencimiento, creo que es interesante plantear el problema y cosa de suma trascendencia el análisis de esta calidad de descontento, que si bien puede dar buenos frutos, puede producir las más extrañas desorientaciones y pérdidas de dirección. A lo que no creo que se deba llegar es al ostracismo. Aun de aquellos que no intervienen con sus opiniones en la política, su labor de artistas o de intelectuales ayuda al trabajo del organizador o conductor de pueblos. Son unos obreros como otros cualesquiera. Recuerdo a este propósito que en París, actualmente, en todas las alcaldías hay un comité de socorros a los *sin trabajo*. Entrando a las oficinas, se ven los letreros de las diferentes profesiones, distribuidos en distintas puertas. En una de ellas se lee: «Artistes et artisans d'art, au fond de la cour, a gauche.» En otros se especifican los demás gremios: Albañiles, mecánicos, etc. Allí, al fondo del patio, a la izquierda, se encuentra uno con el pintor que hace diez años revolucionó la prensa de París, discutiéndosele. Buena enseñanza.—J O S É M A R Í A S O U V I R O N.

## FIGURAS DE PARÍS.—M. FRANCOIS COTY

**C**ADA cierto tiempo el nombre de M. Francois Coty suena en París como el badajo en la campana. Este hombre que ha procurado sensaciones de paraíso artificial a hombres y mujeres tiene también el poder de exasperar los nervios de muchísimos periodistas y políticos, y no es raro que con tal material exacerbado se produzca la explosión. De ella sale, bien o mal, la doble personalidad embriagadora e irritante de M. Coty, pero siempre más sonora.

Sus enemigos se fastidian con sus éxitos, pero, es innegable que su ascendencia judía, aunque él la niega, le ha dado la visión de los «grandes golpes». Tienen lo que los franceses llaman «flair» y nosotros, vulgarmente «olfato». El hecho que regalara un día al aviador Costes el aparato que le permitió atravesar el Atlántico, y que le costara un millón de francos, le significó un acrecentamiento de su rebuscada fama de francés nacionalista que él trabaja desesperadamente por dejar establecida. La prensa entera calló este gesto, pero M. Francois

Coty tiene a su vez su prensa que se encargó de divulgarlo en gruesas letras y que aprovechó la ocasión de presentar al propietario de *L'Ami du Peuple* como un hombre desterrado de la república por el solo hecho de amarla demasiado.

M. Francois Coty quiere ser, cueste lo que cueste, el amigo del pueblo, y, para impregnar tal convencimiento emplea los profundos conocimientos que ha aprendido en su larga e intensa vida comercial.

Mientras los demás periódicos se venden a veinticinco, treinta y cuarenta centimos él hace vender el suyo a ¡diez céntimos!

«Pueblo francés—dice a diario en sus editoriales—este hombre que os ama y os admira no trepidará en sacrificio alguno por ayudaros y haceros llevadera la lucha por la vida. Los extranjeros, instalados insolentemente entre vosotros, cogen con indolencia la primicia de cuanto os pertenece, pero hay alguien que vela por vuestros intereses y que hará cesar esta situación insostenible! Yo os haré aseguibles los artículos de primera necesidad, trabajaré porque tengáis habitaciones limpias y baratas, haciendo desalojar a los «meteques», y os denunciaré, implacable, a los políticos que hoy entregan, criminales, la Francia al extranjero.»

Figura de Sweet Marden es esta de M. Francois Coty. Cuenta la leyenda, que comenzó su carrera perfumada el día que se presentara con sus esencias extractadas a los almacenes de las Galerías Lafayette, en donde obtuviera, solamente, una respuesta amable. Pero quiso su marcada buena estrella, (que apareció por vez primera y en forma decidida en su horizonte), que cayera, destrozándose, uno de los frascos de perfume, y, que al esparcirse por el aire el suave aroma, las clientes lo aspiraran con delicia, exigiéndolo imperiosamente para su uso personal. Ante un éxito tan inesperado como manifiesto, el gerente de las Galerías—continúa naturalmente la leyenda—tuvo a bien rectificar su actitud, haciendo al fabricante un inmediato encargo de importancia. Después vino la guerra y mientras los demás cerraban sus talleres para irse al frente M. Coty continuó atendiendo sus laboratorios. Así cuando volvieron los competidores él ya tenía un gran camino adelantado. En seguida su hábil presentación de los envases y mil factores más, de los que sus enemigos dicen cosas poco halagadoras, se traducen hoy en una de las fortunas más considerables de la Francia.

Director y co-propietario del *Figaro*, *L'Ami du Peuple* y varios más, dueño de hermosos castillos en el sur de Francia y residencias señoriales en el centro de París, los millones de Coty exaltan la imaginación de todos los que piensan que es una

verdad inamovible la famosa frase «puede el que cree que puede».

Cuando lanzara *L'Ami du Peuple* a diez céntimos y fuera boycoteado por la casa Hachette, todos sonrieron jubilosamente pensando que esa vez tendría un gran fracaso. Obligado a reclutar vendedores especiales, que eran perseguidos encarnizadamente por los enemigos, y perdiendo considerables sumas en los primeros días de aventura, llegó, sin embargo, a montar una máquina tan poderosa y formidable que hoy ese diario constituye su mejor pilar político.

En resumen M. Coty gana cuanto quiere, pero, sin embargo, no consigue lo que quiere. Nacido en la misma isla del gran Corso, ha soñado, mientras regalaba rejas que custodiaran los sagrados sitios, ser una nueva y colosal figura histórica que llevara la bandera de Francia muy lejos, más allá de sus fronteras. Así entró, como tantos otros, en la lucha electoral, pero, según parece, creyó necesario recurrir a la alianza de un célebre bandido, lo cual solo le valió que le fuera negada su elección, ante un tan poco ilustre colaborador.

Negádale la posibilidad de hacer política oficial se lanzó en las vías individualistas, colocándose solitario frente al Elíseo y Parlamento, y frente a los países extranjeros. Pero, desgraciadamente detrás de él estaba el elegante cortejo de frascos y de cajas llamado L'Or, L'Aimant, Emeraude, Origan, etc., destinados a aumentar los atractivos de la flapper pizpireta de la América del Norte, de la romántica inglesa envuelta en neblina londinense o a atenuar la savia de la alemana exuberante.

Así los respectivos gobiernos de los países en que se producen tan variados ejemplares amenazaron en distintas ocasiones, boycotear los productos del agresivo periodista, acallando súbitamente las campañas. Quiéralo o no, M. Coty ha debido oír estas verdades que han circulado impresas en diarios y revistas de personas que no han gritado su patriotismo en tan ensordecedora forma.

Así se comprende el silencio concentrado alrededor de sus iniciativas, por muy fecundas, oportunas o generosas que ellas aparezcan, y que la Francia no solicite sus servicios por muy efectivos que pudieran ser. Para que tal cosa sucediera M. Coty debería convencer que no es un «homme d'affaires» y eso es imposible.

Bueno, y ¿qué pretende este señor,—se preguntan sus comentaristas—que ama al pueblo para la exportación, que revuelve la política escudado en su interés nacionalista, cuando ha dado pruebas manifiestas de supeditar este interés a su negocio?

Es que—se pregunta, por ejemplo, M. Latzarus que le ha dedicado un libro de ataque—¿M. Coty cree en la posibilidad de un movimiento fascista en Francia? Porque si bien todo esto le reporta popularidad generalmente este excitante se busca para algo, máxime cuando se trata también de alguien que no suele quedarse en la mitad de su camino.

Es de desear, para evitar un inútil desgaste de energías, que estarían tan bien empleadas en distinto campo, que el distinguido fabricante se convenza que «L'Or de Coty» es exquisito en el rastro que deja una mujer, pero que no es ni aplicable ni bastante fuerte para producir la embriaguez de todo un pueblo. Y aun agregaremos, de un pueblo ¡tan equilibrado!

Así fijada primeramente su línea de conducta de actuación interna, ya sólo verá en nosotros los americanos que tan entusiastamente insulta día a día un inmenso número de compradores a los cuales dedicará la mejor de sus sonrisas ¡la clásica y graciosa sonrisa comercial francesa!—M A R T A V E R G A R A .